

ALFONSO ALCALDE

# De vuelta a casa

□ Delgado, sin barbas y más quieto, volvió el prolífero autor de una poesía y narrativa "picaresca del subdesarrollo"

□ Seis años en diversas geografías, le permitieron comprobar que tanto él como sus personajes están más chilenos que nunca

—Es como volver de la muerte —reflexiona Alfonso Alcalde, intentando resumir en pocas palabras lo que siente en éste, su quinto día en Chile luego de permanecer fuera por más de seis años.

La frase —"bonita" entre comillas, quizá grandilocuente y metafórica— resulta la más pura y santa verdad al venir de labios de quien viene: uno de nuestros más vitales y arrolladores poetas y cronistas criollos, autor de una suerte de picaresca del desamparo. En su obra se dan cita los más diversos seres anónimos, desconocidos y casi antiheroicos, como bebedores, *lumpen*, carreteros, maestritos y payasos pobres.

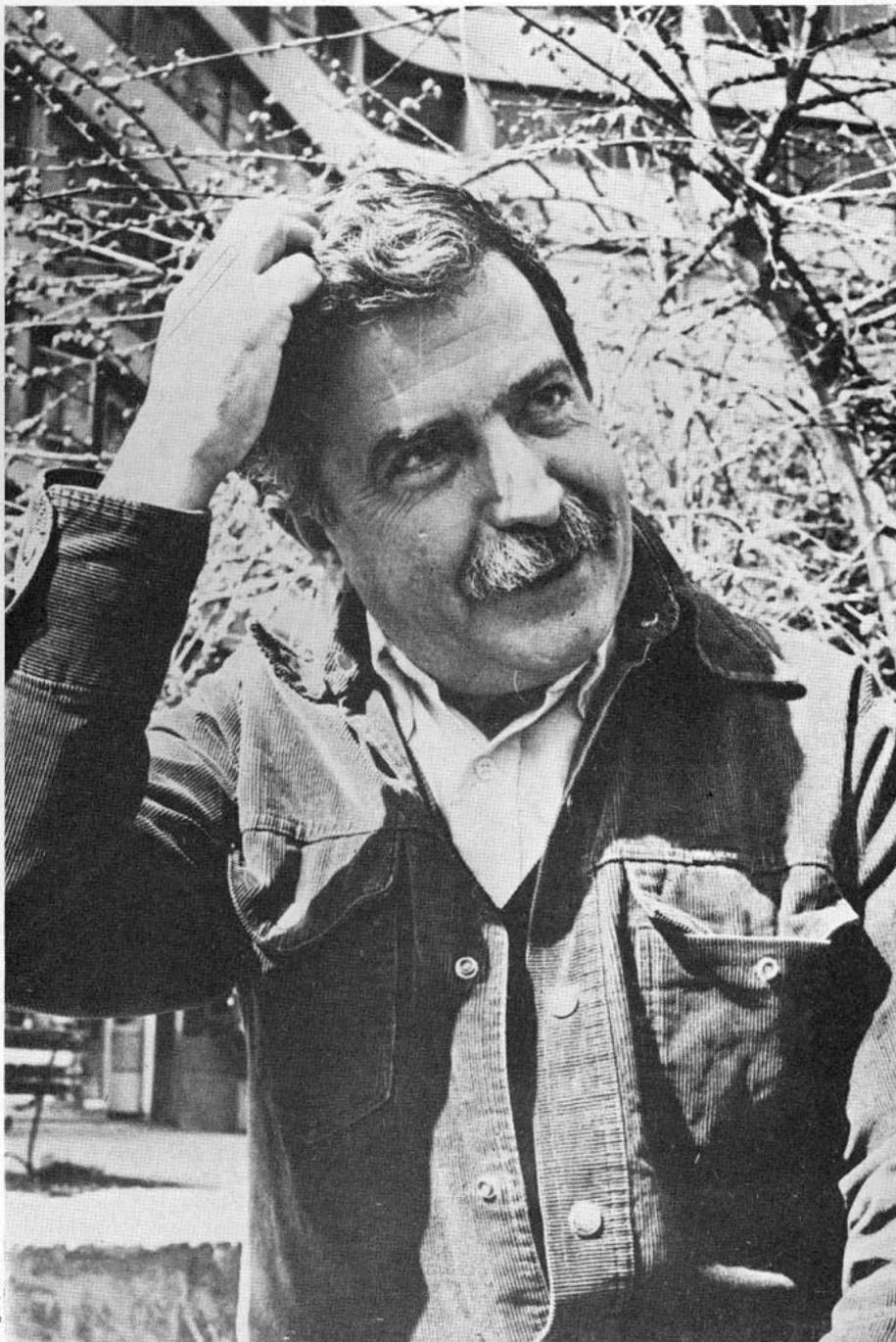
Todos ellos partieron junto a su autor, en el interior de una maleta. Y a pesar de cubrir geografías tan diversas como Jerusalén, Tel Aviv, Praga, Bucarest, Ibiza y Buenos Aires, hoy —a seis años de viaje— se sienten más chilenos que nunca. Al igual que Ceidi, la última y más definitiva de sus esposas, y los hijos de chasquilla rubia y nombre literario. Hilario y Salustio, que a pesar de hablar con marcado acento castizo ("hombre... que me estás jodiendo ¡deja ya!") guardan en sus gestos y en la mirada resabios de esta geografía. Aunque parezcan remotos.

## En velorio ajeno

—Nos sentíamos como en el interior de una campana de cristal, a 200 grados bajo cero —reflexiona entre sus espesos bigotes y mirando tras una ventana que filtra un concierto de crujidos provenientes del Metro en construcción.

"Claro —agrega— en Pakistán o Praga también existen muchos Salustios, muchos Trúbicos, muchos seres como estos parias y desamparados de los que yo me preocupé. Pero vivían dentro de su escenario natural. A los míos les hacía falta la atmósfera que despiden esta tierra. Éramos como paracaidistas en una fiesta o un velorio ajeno".

Delgado, esta vez sin barba, más viejo —y en cierto sentido más joven— Alfonso Alcalde llegó sereno, reflexivo. Casi quieto, pero igualmente locuaz a la hora de hablar de los piures, el chupe de mariscos, las almejas y cuanta picada comestible y bebestible inmortalizó en *Comidas y be-*



Hugo Donoso

**AUTOR ALCALDE**  
Reencuentro con las raíces

*bidás de Chile*, el libro que lo inscribió como un sensual y sibarita narrador. Y donde no quedó fuera ni *El guata amarilla*, *El sayonara*, *La viuda* u otros recónditos restaurantes del sur de Chile.

—A veces comiendo una almeja en el mercado de Jerusalén, un pastel de choclo con albahaca robada en Bucarest, me sentía un poco acá. Pero era como andar buscando sustitutos. Jamás lo mismo.

### Vorágine literaria

Antes de abandonar Chile —los días previos al once— Alcalde estaba sumido en una especie de vorágine literaria: sus dos héroes Salustio y Trúbico daban vida al más reidero y chileno de los pasajes en *Tres noches de un sábado* (Ictus) y a un libro publicado por Quimantú. Acababa de publicar también en Valparaíso, *Variaciones sobre el tema del amor y la muerte* (poemas); *El sentimiento que te di* (cuentos poéticos y a la vez procaces) y los libros reportaje o fotolibros *Marilyn Monroe que estás en el cielo* y *Vivir o morir*, basado este último en la tragedia de los deportistas uruguayos, sobrevivientes de la tragedia de los Andes.

Como si fuera poco, pensaba instalar —con sede en Montevideo— una suerte de pool literario latinoamericano, que no prosperó.

Entonces se quedó en Buenos Aires, continuando los fotolibros para la editorial *Crisis* (nueve títulos) que naufragaron en pleno período de Isabel Perón. Al cabo de un año, hizo las maletas y partió.

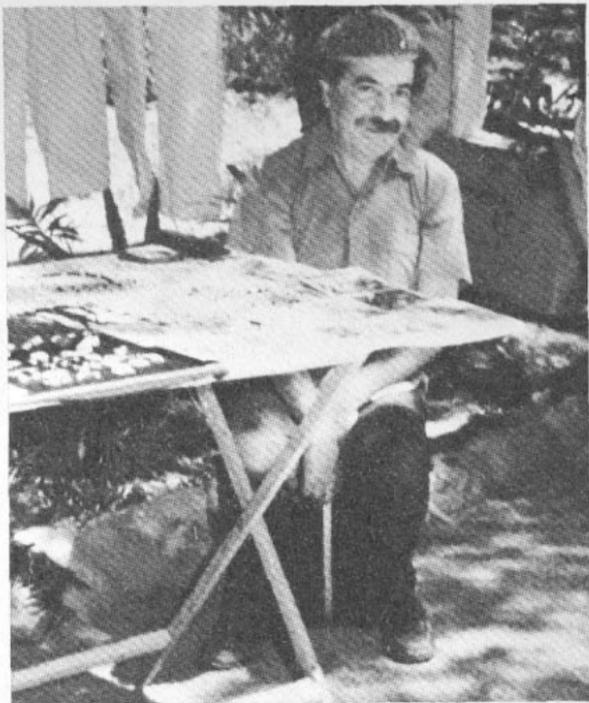
Y comenzó el peregrinaje. El mismo aventurero recorrido que ya era familiar en su ajetreado currículo, pero con un sentido diametralmente distinto, esta vez con una esposa y dos niños muy niños.

La primera escala fue Bucarest, Rumania, período que se tradujo en una total infertilidad literaria. Pero enriquecedora experiencia de vida. De allí pasaron a Israel —Ochiot y Tel Aviv— y España.

En todo este tramo ocurrieron acontecimientos tan imprevisos como mágicos y desalentadores.

—Conocimos y peregrinamos por ciudad Santa; en Tel Aviv logré editar junto a la fotógrafa Aliza Auerbach, una edición especial del *Así trabajo yo*, en español. Pero también conocimos a fondo el desarraigo, lo que es morir en vida. El menor de los niños, que hablaba rumano y hebreo, sólo podía comunicarse con su hermano. Chile era para ellos una remota referencia, un *allá alejos*.

Entonces sobrevino la necesidad de encontrar un eje más próximo a las verdaderas raíces, y se trasladaron a España: primero Barcelona, y finalmente Ibiza, donde surgieron oficios semejantes a los de su primera adolescencia: vendedor ambulante de "bisutería" (fantasías) y obrero constructor, con el correspondiente dividiendo de dos dedos rotos. Allí, en medio de los más estrambóticos y decadentes personajes —condes arruinados, senadores, actrices, hippies— y este luminoso y falso *beau monde*, surgió *Desmentido recíproco*, libro de poemas al que, parodiando un viejo dicho español "le hace mucha



**VENDEDOR ALCALDE**  
En Ibiza, joyero ambulante

ilusión". Y que piensa publicar pronto.

—También sobrevino la definitiva decisión de regresar a Chile, no derrotado, sino cargado de proyectos.

En eso anda por estos días, mientras se reencuentra con las calles, con sus viejos amigos, y con palabras que le suenan casi a magia como caluga, hallulla y curanto.

Con su esposa y los "chavales" se instaló por mientras en un pequeño departamento de Providencia.

Desde allí proyecta la edición de un libro sobre el mar de Chile —que ya tiene conversado con su editor Carlos Nascimento—, una exposición de collages de papilitos múltiples armados como un rompecabezas y, posiblemente, el libreto para futuras obras de teatro destinadas a actores y compañías que están en su onda: recrear a este país y sus gentes.

Entre otros, *Ictus* y el grupo *La Feria* de Jaime Vadell y José Manuel Salcedo.

Luisa Ulibarri ■